

# Un nuevo pacto por la educación

FÉLIX TORRES RUBIO / Profesor de Matemáticas. Director de Instituto de Enseñanza Secundaria y Presidente de la Fundación Educación y Ciudadanía

**D**espués del merecido descanso estival y casi sin tiempo para concentrarnos en el comienzo del nuevo curso escolar 2009-2010, nos encontramos con dos noticias que sobresalen sobre las demás por méritos propios. Me refiero a los acontecimientos ocurridos en Pozuelo de Alarcón (Madrid) y al anuncio de la presidenta de la Comunidad de Madrid de impulsar una norma que otorgue la categoría de "autoridad pública" a los profesores.

Todavía están vivos en nuestra memoria los sucesos de Pozuelo en los que un grupo amplio de jóvenes transformó lo que debía ser una fiesta en una batalla campal contra el mobiliario público, y en la que un "botellón" descontrolado dio paso a una espiral de violencia gratuita, sin motivo conocido, en la que la diversión consistía en "acorralar a la policía" demostrando lo "chulos que somos", con resultado de agresiones a los agentes y con intentos de asalto a una comisaría.

Siendo preocupantes estos acontecimientos, las noticias posteriores resultaron aún más escandalizadoras. Los hechos no ocurrieron en un barrio marginal ni socioeconómicamente deprimido, más bien todo lo contrario; ocurrieron en un municipio que destaca por un alto grado de familias acomodadas, con uno de los mayores niveles socioeconómicos y de cualificación profesional del país y, supuestamente, con un alto nivel cultural y educativo. Hay que descartar, por tanto, el manido recurso de que este tipo de algarradas tiene su origen en la marginación, la exclusión social o la inmigración. Si se me permite la expresión, fue una algarrada de "niños bien" cuya única motivación fue la diversión, jactándose de sus hazañas, que inmediatamente colgaron en Internet con arrogancia, chulería y desparpajo, en un ejercicio de desprecio a la inteligencia y a las más elementales normas del respeto, la ciudadanía y la convivencia. Posteriormente, y para rematar la vergüenza que muchos sentimos, supimos que la insignificante sanción recaída solo sobre unos pocos, consistente en limitar las salidas nocturnas hasta cierta hora durante un par de meses, fue recurrida por sus familias al considerarla excesiva. ¿Cabe mayor despropósito? Inevitablemente, estos acontecimientos dispararon todas las alarmas y llevaron al primer plano de la reflexión algo que ya desde hace algunos años muchos venimos denunciando con preocupación, y especialmente los profesores de Enseñanza Secundaria: la creciente falta de respeto para con nuestros mayores, hacia la figura

**"Es necesario acordar qué parte de la educación es propia del seno familiar y cuál lo es de los centros educativos"**

de los padres, de los profesores y ahora también de las autoridades públicas. ¿Qué está pasando? Nunca ha habido en nuestro país una enseñanza tan universal, ni con tantos medios (sin duda queda mucho por hacer). Nunca hemos tenido leyes educativas que de manera tan expresa enumerasen sus fines y principios de una forma tan clara en torno a valores como el respeto, la formación humana integral, el ejercicio de una ciudadanía responsable, etc., y sin embargo sucesos como los de Pozuelo son cada vez más frecuentes y preocupantes. Hay elementos de alarma que indican que algo profundo está fallando, que no se está caminando en la dirección correcta, o que es necesaria una reflexión seria y un giro en la manera de educar a las nuevas generaciones. Los profesores pierden habitualmente una buena parte de las clases en intentar mantener un mínimo de silencio y orden. El nivel de abandono escolar antes de finalizar la Secundaria es alarmante. El grado de titulaciones de Bachillerato nos sitúa lejos de la media europea. La participación de los padres en los consejos escolares y en la vida de los centros es prácticamente inexistente. Cada vez se percibe un mayor número de familias que delegan la educación de sus hijos en las instituciones, esperando que en los centros educativos hagan lo que ellos no hacen en su casa. Cada vez son más frecuentes los casos en los que las familias no acuden al centro, ni siquiera ante el reclamo del tutor. La figura de la autoridad paterna y de la autoridad del profesor está desdibujada. Nos hemos esforzado en que aprendan sus derechos pero no hemos puesto el suficiente énfasis en que para ejercer un derecho, previamente ha habido que cumplir con los deberes. Eso de los

deberes se ha convertido en la letra pequeña que puede obviarse. El anecdotario es amplio. Quien suscribe, director de instituto, ha llegado a oír (en varias ocasiones) barbaridades del siguiente tenor: "Si tiene que pegar a mi hijo, hágalo, yo ya no sé qué hacer con él" (hablamos de niños de 13 ó 14 años). Me contaba una directora de un colegio de Primaria que al comentar con una madre que su niño (11 años) comía con las manos en el comedor, ésta respondió que "para eso lo traigo al colegio, para que le enseñen". Si una familia en 11 años no ha podido enseñar a comer a su hijo, ¿qué espera que se haga en el colegio? Sin duda, no se puede generalizar, y afortunadamente las familias preocupadas por sus hijos siguen siendo mayoría, pero la dinámica descrita es preocupantemente creciente. Nuestros adolescentes son hijos de una generación nacida en torno a los años 60, y por tanto educada en una corriente de pensamiento que, huyendo de los autoritarismos que ella misma había padecido, educó a sus hijos en un cierto "amiguismo", colocándose, como padres, en plano de igualdad con sus hijos pero, seguramente con la mejor intención, desdibujaron su propia autoridad paterna. Por huir del autoritarismo, se perdió en buena medida el concepto de autoridad. Algo parecido ocurrió en la enseñanza; la corriente del momento llevó a no pocos profesores al convencimiento de que un acercamiento al alumno convirtiéndose en su "colega" mejoraría el proceso educativo, sin darse cuenta de que igualmente se desdibujaba la autoridad del profesor.

Si el modelo social está cambiando de tal manera que ahora deba ser la escuela la que se ocupe de educar en aquellos aspectos que tradicionalmente venían haciéndose en el seno familiar estaríamos hablando de una escuela completamente distinta, con unos tiempos, una organización y unos perfiles de los profesionales de la educación completamente distintos de los de la escuela actual.

"Para educar a un solo individuo hace falta toda la tribu", afirma un viejo proverbio. Y los expertos afirman que la familia influye en el resultado educativo en un porcentaje aproximado del 50%, el entorno social en un 30-35% y la escuela en tan solo un 15-20%. De ser así, además de los factores familiares, habría que buscar también otros elementos en el entorno social y posteriormente en la escuela.

Nuestros hijos y alumnos están creciendo en un ambiente de inversión de ciertos valores éticos y de culto a los nuevos iconos facilitados por el espectáculo comercial mediático. Lo culto no está de moda. El lenguaje correcto no está de moda; incluso en los medios de comunicación se recu-

re y abusa de vocablos comodín, de imprecisión en los términos, de actitudes agresivas, de groserías y chabacanerías que gozan de buena prensa. Para captar audiencias las televisiones han caído en una espiral en la que hay que dar más espectáculo y ser más agresivos que la televisión vecina sin importar a qué precio ni con qué consecuencias. Cada vez resulta más alarmante observar el nivel de frivolidad, superficialidad y banalidad que nuestros alumnos reciben a través de la pantalla de televisión. Son muchos los programas en los que falsos periodistas viven de los personajes que ellos mismos han creado, en una dinámica que se alimenta a sí misma; personajes creados por un periodismo basura que ensalza a personajillos cuyo único mérito en la vida es haber estado casados-separados de un torero, de una tonadillera, de un futbolista o, cerrando el círculo, con otro personajillo inventado. Son nuevos iconos mediáticos, iconos revestidos del triunfo, del dinero y la fama que da el "salir en televisión", a los que la sociedad rinde un vergonzoso culto, a tenor de las enormes audiencias de que gozan. Nuestros hijos serían capaces de enumerar una larga lista de estos personajillos y, sin embargo, se verían en dificultades para citar algún Premio Nobel, algún científico de renombre, algún violinista o las tendencias de la pintura actual. Recuerdo con añoranza mis años jóvenes en los que disfruté viendo en la televisión un sinfín de obras de teatro en aquel maravilloso 'Estudio 1', o los debates políticos de 'La Clave' en los que, además de saborear una magnífica película que introducía al debate posterior, aprendí las reglas de la confrontación política de las ideas en un tono analítico, reflexivo y educado, lejos del bochornoso espectáculo de enfrentamiento irrespetuosos y frecuentemente sectario, descalificador y ofensivo al que no pocos políticos nos tienen acostumbrados en estos días.

¿Qué mensaje estamos dando a nuestros hijos, cuando la sociedad admite sin reparos y sin pudor que en plena época de crisis y con muchas familias en paro, un club de fútbol pague 90 millones de euros por un futbolista y, sin embargo, un becario, doctor en Biología molecular reciba 1.500 euros al mes como investigador en un organismo oficial? (caso real que conozco). ¿Cómo es posible que la sociedad no consiga ofrecer alternativas atractivas de ocio para los jóvenes y permanezca impasible al espectáculo del "botellón", incluso exculpando tal actitud, cuando no fomentándola y subvencionándola como ha ocurrido en algún ayuntamiento, con el argumento de que las copas en los locales son caras?

Algo está fallando en la educación que proporcionamos a nuestros hijos y alumnos. Algo hemos de hacer para evitar la inversión de valores y por desterrar esos iconos de frivolidad y banalidad que tan nocivos son para la educación de los nuevos ciudadanos. Alguien debería pensar y elaborar una estrategia para modificar esta deriva social. Es necesario actuar fomentando la convivencia familiar, la conciliación de la vida familiar con lo laboral y escolar; hay que modernizar la estructura de los centros educativos y establecer medidas de reconocimiento social, profesional y económico del profesorado. Es necesario acordar qué parte de la educación es propia del seno familiar y cuál lo es de los centros educativos. Es necesario alcanzar un código deontológico que se ocupe de los mensajes en televisión, que actúe activa y eficazmente contra los excesos de frivolidad y banalidad. Suenan voces que demandan un "Pacto por la Educación", incluso el Rey y el ministro de Educación, Ángel Gabilondo, se han pronunciado en este sentido. Me gustaría pensar que el pacto por la educación, si realmente se alcanzase, abordase estos y otros muchos aspectos básicos para educar a los futuros ciudadanos, y que no se viera restringido a una lucha política por reformar la ordenación académica y curricular. De no ser así, habremos perdido una vez más un magnífico momento para reconducir una situación que hace aguas por todas las esquinas y cuya consecuencia podría ser la de perder una generación más de jóvenes.

